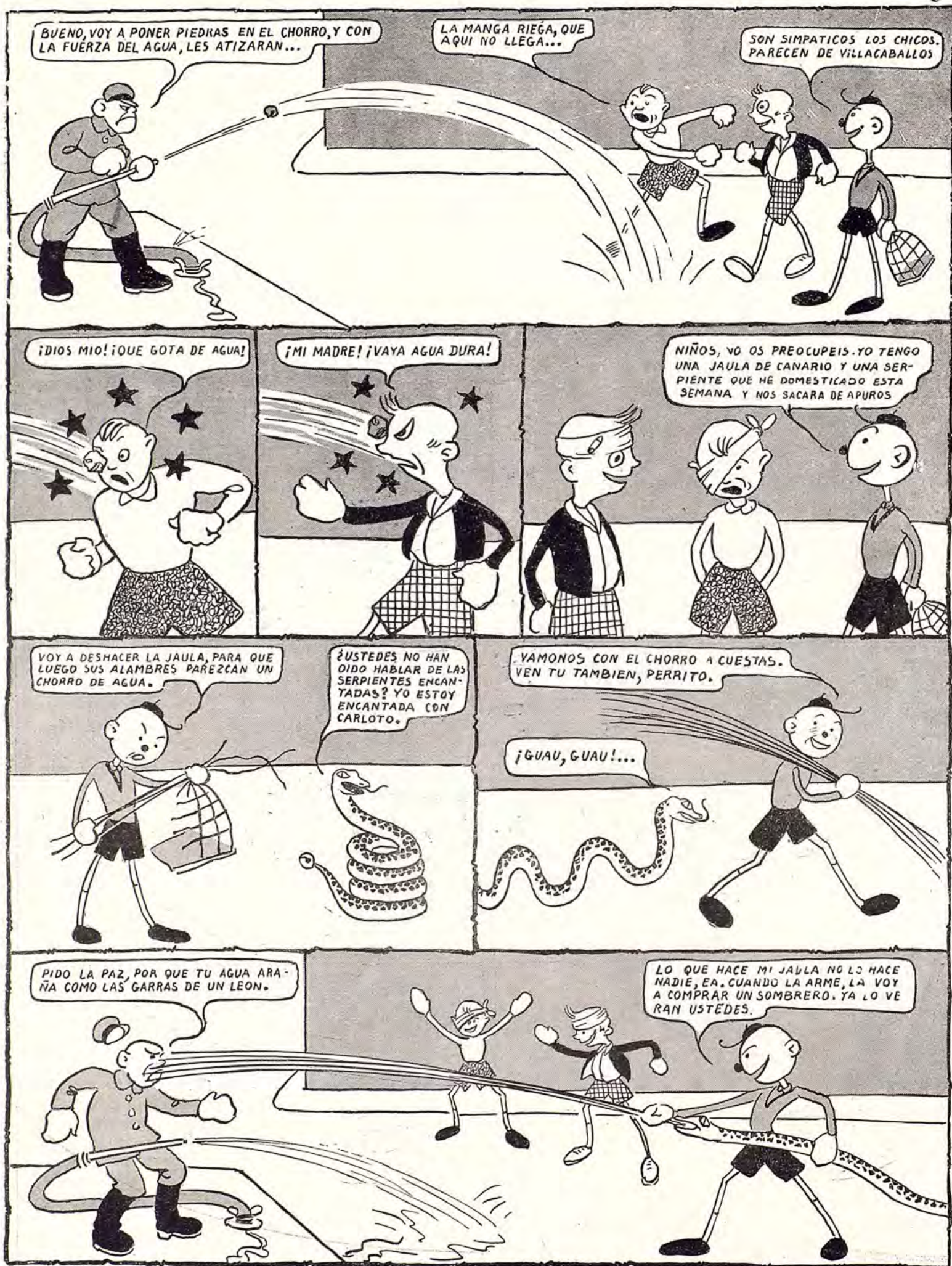


**los chicos los bi-
chos, las muñecas**



El Niño Carloto Perra Va a dar la vuelta a la Tierra



ROBLES-OSCAR

el perro,
el ratón y
el gato...



el perro, el ratón y el gato...

Semanario infantil. — Director: Antoniorrobles
Príncipe de Vergara, 42 y 44-Apariado 33-Teléfono 51587

Núm. 10. — Madrid, 2 de agosto de 1930

Suscripción.—España, Portugal y América: Año, 20 pesetas; semestre 10; trimestre, 6; Francia y Alemania: 25, 13 y 7; demás países: 30, 16 y 8.



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID

Este ejemplar pertenece a

El Ratón Bombón

X. Yo, más quieto
que Don Tancredo

No lo pasaba mal viviendo sobre el camello, si no fuera que una vez me cogió dormido, me tragó, pasé todo el largo túnel de su cuello..., y gracias a que es rumiante y de cuando en cuando vuelve a sacar a la boca lo tragado, pude escapar.

Y como ya estaba harto de sorpresas y sustos, decidí abandonar una temporada la Casa de Fieras.

¿Cómo salté de allí?... ¡En automóvil!

¡Había un nene rubio que llevaba arrastrando de un bramante un automovilito de hojalata, estupendo.

Salté a él porque el chico y su niñera iban de espaldas, y atravesé toda la ciudad en mi automovilito, asomando la cabeza sin que me viera nadie.

En el coche había una chapa que decía: *Tienda de juguetes de Ciriaco Trespelos, calle del Gato, 101.*

Me lo aprendí de memoria, y cuando el chico rubio entró en su portal, yo salté del auto, me metí por el primer canalón que encontré, subí al tejado, y pregunté a una golondrina que dónde estaba la calle del Gato.

Las golondrinas se saben todas las calles, porque ya las habréis visto volar por ellas, doblando esquinas «como Pedro por su casa», según el dicho popular. La golondrina me lo dijo; bajé otra vez por el canaloncito, y al atardecer me fuí a la tienda de Ciriaco Trespelos, que ya me era simpático por llamarse como mi compañero el can.

Estaban echando el cierre metálico. Pero yo empujé una piedrecita para que no se cerrara del todo, y mientras la quitaban, pasé yo y me escondí tranquilamente en la boca de una cabeza grande de cartón, en la que había que meter unas pelotas de trapo que allí estaban conmigo.

Me buscó el dependiente, pero no me encontró. Yo oía sus pasos, y eso me asustaba. Al fin, no pasó nada.

Luego apagaron las luces, y me quedé dormido en la boca de aquel cabezota. Pero nada pasó tampoco.

Al amanecer me puse a examinar los juguetes. ¡Qué ganas tenía yo de ser ratón de una tienda de éstas!.. Allí había ositos de pelo, perros de trapo, patos de celuloide, soldados de plomo, gatos de madera, ratones de aserrín..

Yo era feliz en una vitrina llena de aquellos animales, cuando de pronto apareció un dependiente con el plumero. Y luego otro dependiente, y otro, y otro, y otro...

Resultaba que aquello era un hermoso almacén de juguetes con veinte dependientes. Y si me movía, el pisotón sería conmigo, inevitablemente.

Decidí estarme quieto, como aquel *Don Tancredo* que esperaba al toro vestido de blanco. Y los dependientes me creían juguete, y los niños también. Como que uno dijo:

—A ver ese ratón que huele a chocolate...

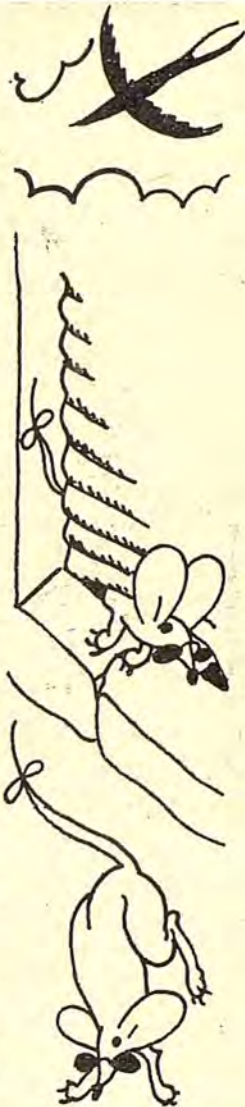
Me pusieron en el mostrador, me tuvieron en la mano; el niño estaba empeñado en que me compraran.

Pero la madre era una de esas señoras asustadizas, y exclamó:

—¡No, hoy no! Pero, hijo, si parece de verdad... Me daría miedo.

Y eso me salvó, y pude llegar a la noche en la vitrina, más quieto que *Don Tancredo*.

Trespelos, Bombón,
Adivino,
Chin, Bely,
El Mago Botijo,
Carloto Perra,
El Príncipe PP,
Don Dedos,
El pollo Guinda,
Cincomanos
y El pregonero
visitarán
un día
Villacaballos
y vendrá
buena la hoja.



Debéis doblar
cuidadosamente
el periódico
chiquitín
que os regalamos
hoy,
aunque
su lectura
no sea
de verdad.



el perro,
el ratón y
el gato...

Modo de no hacer la vida ni cansada ni aburrida

Cuento, por Manuel Abril :: Dibujos de Puyol



ERASE una vez una vieja, una vieja muy vieja; re-
vieja.

Era una vieja eterna: no moría. Por más que fuese vieja como el Tiempo, no se moría jamás, y estaba igual, igual que el primer día. Por todas partes andaba, por todas partes corría. Y

no se cansaba nunca. Pero se aburría.

—¿Qué haré yo, Señor, qué haré yo?—le decía al Señor, Doña Semana.

Porque se llamaba así: Doña Semana, y no tenía más ocupación que estar en todas partes, pasando por todas partes, pasando y volviendo a pasar las cuentas de un rosario que nunca se acababa, y envuelta siempre en su velo, muy negro y muy largo..., muy largo, muy largo y muy negro..., tan largo y tan ancho y tan negro como la noche cerrada.

Doña Semana repetía de tal modo a todas horas: «Me aburro, Señor, me aburro», y el Señor, por fin, un día fué y le dijo:

—Levanta el manto, y mira.

Doña Semana miró, y se encontró con siete criaturas. Como la gallina que está sobre los huevos y ve que empiezan, de pronto, a salir pollitos y pollitos, lo mismo se encontró Doña Semana, debajo de su manto, siete chicos.

Siete chicos, que decían, uno a uno:

—Soy el Lunes.

—Soy el Martes.

—Soy el Miércoles.

—Soy el Jueves.

—Soy el Viernes.

—Soy el Sábado.

Así hasta el último chico, que decía, cantando y bailando:

—¡Soy el Domingo!... ¡El Domingo!...

Doña Semana tuvo, por lo pronto, que atender y escuchar a los siete.

Tenían los chicos aquellos un talento tremendo, los siete.

Eran todos inventores.

Uno había inventado el fuego.

Otro, la tierra.

Otro, el aire.

Otro, el agua.



Otro, las plantas.

Otro, los animales.

Otro, el hombre.

Cada uno decía que lo suyo era lo mejor que había; pero Doña Semana tuvo entonces que ir convenciendo a todos de que tenían que unir los inventos de los siete para conseguir algo bueno, y que si no los unían, sería inútil; de nada le serviría a ninguno de los siete todo aquello.

Los siete vieron entonces que tenía razón Doña Semana: sin fuego no habría animales, ni agua, ni luz, ni nada; sin aire no habría fuego; con sólo agua, tampoco; sin tierra no habría plantas; sin plantas no habría alimentos y no podrían vivir ni los animales ni el hombre. Como no se ayudaran los siete, no conseguirían nada.

Los siete, en vista de eso, se unieron, y entonces sí, ¡qué de cosas inventó, santa madre, cada uno!...

El Lunes, que inventó el fuego, no sólo inventó el fuego, sino el calor y la luz, que también salían del fuego, y también la electricidad, y las bombillas, y las



velas, y los fósforos, y las tenacillas, y el gas, y los cohetes, y los cigarros; los fogones; las tortillas al ron y los volcanes; inventó los telescopios y las gafas; los retratos y los faroles...

El Martes, no te creas, no te creas, también inventó cosas: sacó de la tierra diamantes, y sacó el oro, y

la plata, y el carbón, y sacó hierro y cristal; e inventó los cañones y las verjas, y las cerraduras y las escopetas, y se inventó el hacer casas con ladrillos y con mármoles y todo... Muchas cosas...

El Miércoles, lo mismo:

inventó el aire, y con el aire, el sonido; porque las cosas que suenan, suenan por

que hay aire, ¿sabes? Inventó el clarinete y los pitos, y el ventilador y los molinos.

Y el Jueves, que inventó el agua, inventó también con ella las fuentes y el sifón, y los barcos, y las mangas de riego, y las duchas, y las pompas de jabón, y las esponjas...

El Viernes sacó de las plantas, ¡calcula tú lo que sacó!...: chocolate, rosquillas, castañas, palo dulce, y alcahueses, y torraos, y ciruelas, y güitos...

El Sábado, no digamos: inventó el elefante y el



canario; el gato, el perro, el loro; el caballo y los filetes.

Y el Domingo te inventó a ti; nos inventó a ti y a mí, y a papá, y a mamá, y a la chacha... También inventó el descanso, y las fiestas, y los adornos, y una porción de cosas preciosísimas que nadie pudo inventar hasta que inventaron al hombre.

¡Qué semana llevó Doña Semana más distraída!... Estaba Doña Semana orgullosísima, y todo se le volvía presumir, diciendo a todos: «¡Qué listos son mis chicos!... ¡Nadie sabe discurrir lo que mis niños!»...

Y no hacían más que dormir, y bailar, y divertirse... Con los juegos y las fiestas que el Domingo había inventado, querían estarse todos, Doña Semana y los niños, baila que te baila, juega que te juega, ronca que te ronca, a todas horas.

Una vez inventado todo aquello, no querían trabajar más... Tan holgazanes se hicieron, que con tal de no trabajar habían inventado unas cosas con las cuales no estaban sin hacer nada, para no aburrirse, pero habían de ser cosas que no fueran trabajo: inventaron las cartas, y la bicicleta, y la pelota... ¡Y al colegio y a las oficinas, eso, no; decían que se cansaban de estar tanto tiempo sentados; pero estarse sentados horas y horas tirando cartas, uno detrás de otro, encima de la mesa, eso no les cansaba a los muy tunos, y de trabajar se cansaban; pero de estar sudando que sudando para ver quién subía más de prisa en bicicleta unas cuantas atropellos, tampoco, tampoco les cansaba... ¡Mira que era!...

Así, que el Señor un día fué y se dijo: «¡Quíá, quíá, quíá... ¡Cs habéis creído vosotros que os vais a pasar así la vida, de bureo?... ¡Vais a estaros todo el tiempo jugando a la rana o al chito cuando no a cosas peores?... ¡Vais a querer el descanso para no sacarle provecho?... No, no, no...»

Y entonces vino lo peor: por cada invento bueno de los siete, resultó un invento malo... Aquellas maravillas

tan tremendas, que tenían a todos tan contentos, habían traído además una de calamidades que era horrible...

El fuego, que era muy bueno, resultó que también era malo: cuando había mucho calor, se asaba uno; cuando no había calor, se helaba uno. Con calor había pan frito; pero con un poco más de calor se volvía tostón el pan frito... Con frío había sorbetes; pero también sabañones... Con fuego había bengalas; pero también había incendios...

Y con la luz era igual... La luz daba gusto a veces, pero a veces hacía daño. Y con el sonido, lo mismo: oír las cajas de música, era precioso, precioso; pero querer uno dormir y que el vecino tocara el tambor o la lata de petróleo o el gramófono..., era para darse a los diablos.

Y allá tuvo que ir corriendo el Lunes a inventar el verano para los que se asaban en verano y a inventar los guantes de pelo para los que tenían sabañones... Y a inventar las gafas ahumadas... Y a inventar el algodón, para taponarse los oídos...

Y al Martes le pasó igual... La Tierra tenía cosas preciosas, y daba gusto; pero también tenía polvo, y era un asco... Las casas, de pronto, se hundían y cogían debajo a las gentes... La Tierra, a veces, temblaba, y salían todos rodando...

Tuvo que inventar las escobas e inventar los arquitectos, para que aprendieran bien a sostener de firme las casas.

El Miércoles, con el aire, no digamos todas las calamidades que produjo: desde el estornudo y el moqueo, hasta el vendaval... El viento se lle-

vaba los sonbreros, tiraba las chimeneas, ponía furioso el mar... Tuvo que inventar cocimientos para curar los constipados y cordones para sujetarse los sonbreros y salvavidas para los marineros, cuando los barcos se iban a pique.

Y el Jueves, que inventó el agua, había inventado también, sin querer, las inundaciones y el reuma y la gota serena y las goteras... Tuvo que inventar el paraguas y las alcantarillas y la bayeta amarilla contra el reuma y el papel secante... Lo mismo que a estos cuatro, les pasó a los otros tres: Viernes, Sábado y Domingo.

El Viernes, con las uvas, inventó también el vino, y fué lo más terrible... Y al inventar los torraos, inventó las indigestiones... Y el Sábado, al inventar los caballos, inventó las coces, y al inventar los perros, inventó los mordiscos de los perros, y al inventar los cecedrillos, inventó la gracia de que viniera uno de ellos y se te tragara a lo mejor, cuando más descuidado estabas... Y el Domingo, no se diga: inventó los azotes; inventó los niños que pegan y nos pueden; inventó el dejarnos en casa cuando los demás se van a divertirse; inventó, sobre todo, el dinero, que es uno de los males más tremendos que se han conocido nunca...

Y allí tuvieron que ir más que de prisa, a ver si a cada cosa le daban su remedio.

Ya no se pudieron dormir en los laureles y estarse a la bartola... Y Doña Semana, es verdad, ya no se aburre nunca, como antes; pero no puede tampoco presumir, ni estarse divirtiendo a todas horas: tiene que estar siempre cuidando de que un día y otro día los siete días trabajen para inventar cosas nuevas y para que no se vuelvan malas las cosas que inventan. Y sólo puede descansar una hora cada siete y un día después de estar seis trabaja que te trabaja. Pero así está bien, con creces. Doña Semana gruñe a veces, pero ya no se aburre nunca, ni podrá aburrirse jamás, por los siglos de los siglos.



SABADO



JUEVES



El perro, el ratón y el gato

El pre-gone-ro

San Sebastián, los toreros y el concurso de chistes.



RESPETABLE público:
De orden del Excmo. Sr. Alcalde de Villacaballos de Cartón, todo "ciudadano" de menos de quince años está obligado a leer el próximo número de "El p. r. g." (EL PERRO, EL RATÓN Y EL GATO), que contiene algunas cosas de gran maravilla.

Quien quiera ver la jaula de Carloto Perra con sombrero y puro, que lo compre. Quien quiera ver lo que le pasó a un gato y a un caballo desbocado con la jaula de Carloto, que lo compre.

Quien quiera leer unos piropos a la playa de San Sebastián, que lo compre, porque allá se ha ido Botón del Aire. Y quien quiera leer un concurso de chistes entre Trespelos, Adivino, Bombón, Botijo, Don Dedos y Carloto, que lo compre.

Hay además, señoritas y señoritos, las respuestas de la gente menuda, con estampas en la última plana, y unas aventuras saladisimas de Trespelos en la plana primera. Y en la página de Chin y Bely, nos contarán cómo Bely durmió a un tremendo carretero igual que se duerme a un nene.

"Cuentos y más cosas" sigue publicando su primer tomo, que afortunadamente tanto ha gustado a nuestros lectores, porque tiene cuentos de Andersen, Amicis, Perrault, cuentecitos indios y todas las cosas.

Bombón cuenta lo que le pasó con unos enemigos en la juguetería, que le encerraron en una caja de cartón, y refiere el estropicio que se organizó a la salida.

El cuento ilustrado en colores, que se publica en dos planas, se titulará así:

La guerra con las veintiuna, que una se comió la Luna.

Y en él refiere una guerra entre negros, blancos, jirafas y aviones.

¡Villacaballos! ¡Viva la gracia gitana de Villacaballos de Cartón!... Y digo esto, porque en el próximo pliego presentamos ocho toreros formidables, nicadores y monosabios, todos en cuadrilla. Claro que, el día que menos se piense, aparecerá una ganadería, llenando el pliego de toros bravos. Y algún día, toreros toreando, alguacilillos, mulillas y mil cosas más.

Vienen noticias de Villacaballos, porque siempre ocurre algo de particular. Viene una crónica del Mago Botijo, diciendo que ya no hay más sordomudos que los que quedan abandonados. Y viene una carta del Pollo Guinda, siempre hablando de sus deportes y del cine, que son sus nobles y artísticas manías.

¡Cómprase "El p. r. g."! ¡Cómprase "El p. r. g."! ¡Que viene bueno!... O como dice Guinda, que viene "jamón".

Señoritas y señoritos: Hasta la próxima semana. He dicho.

El manco don dedos



Lo bueno y lo malo. La ratonera y la función de teatro.



ESTE manco Don Dedos, que sale de la mano del niño Nito Tambor cuando le parece, ha hecho esta semana dos cosas notables: una... está fea y llevó su castigo.

La otra es buena, y merece que elogiemos al notable manco, que no es glorioso como el manco genial que perdió su brazo en Lepanto—ya sabéis que hablo de Cervantes—, pero que es otro manco muy conocido ya en el importantísimo mundo infantil.

Pero vamos con la cosa que hizo que no está bien.

Figuraos que estaba tan campante en la mesa bailando una especie de baile de negros que Nito le silbaba, cuando de pronto dió un saltito, seguramente sin darse cuenta, y metió un pie... por una de las dos ratoneritas que su amo tiene en la nariz.

Si iba o no a buscar ratones, no lo sé. Lo que sé es que eso está muy feo, y que el papá de Nito, que estaba leyendo el periódico, pero se dió cuenta, propinó a Don Dedos un buen cachete en su cara aplastada.

Esperamos que no se le ocurra al buen manco hacer ya nada de eso.

La otra cosa, buena, que hizo fué lo siguiente, por motivo de que lloraba un niño pequeño en la casa.

El chiquillo no callaba porque le dolían las vacunas. Entonces Don Dedos bailaba y bailaba para entretenerle, y hasta se subía por su cuerpo, por su cabeza de pelusilla, para que con las cosquillas se echara a reír.

Pero el nene no dejaba de llorar. Le dolía.

Y fué entonces cuando a Don Dedos se ocurrió una cosa por primera vez en su vida.

Estaba sobre la mesa la mano izquierda de Nito Tambor. Vino a ella el manco, y empezó a darla pataditas suaves, como para que despertara.

Efectivamente, al momento despertó la mano y apareció otro manco igual, que se levantó preguntando a Don Dedos:

—¿Qué desea usted?

—Le llamaba para que haga el favor de ayudarme a distraer a ese nene, si le es posible.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Que hagamos una función.

Y la hicieron. Nito se puso detrás de un sillón, y sobre el respaldo hicieron Don Dedos y su compañero una función de teatro en la que se daban la mano, pero que casi todo era darse pataditas, chillar, pegarse y salir corriendo uno detrás de otro.

El niño dejó de llorar y hasta se reía a carcajadas. Y cuando terminaron, Don Dedos dió las gracias al otro, que se escondió luego como un caracol.

Juan Cachete

Chistes de Pepín.

—Deme una docena de huevos.

—¿De los grandes?

—No; de los chicos, para que entren más en docena.

La persona, el animal y el mueble

Concurso para los dibujos que se publiquen desde el 26 de julio hasta el 13 de septiembre. Premios: un paquete de libros al mejor, y un balón al más gracioso.—Bases que habéis de leer con mucha atención antes del envío, si no queréis que el dibujo se caiga en el maldito cesto:

1.ª—Cada uno de los dibujos vendrá acompañado del CUPON.—2.ª Sus cuatro lados tendrán exactamente SIETE CENTIMETROS cada uno.—3.ª Estarán dibujados con tinta NEGRA.—4.ª Tendrá una persona (sea hombre, mujer, niña o niño), un ANIMAL (insecto, pez, ave o cuadrúmano, si no es copia de uno de los tres bichos de este periódico) y un MUEBLE o un cacharro.—5.ª Se acompañará muy CLARO el nombre.—6.ª Pondréis la siguiente dirección: "EL PERRO, EL RATON Y EL GATO. Dibujos. Apartado 33. Madrid."



146.—María del Carmen Acevedo.
Madrid.



147.—Miguelito Martínez Tobías.
Madrid.



148.—José Martínez Piqueras.
Madrid.



149.—Julianito Martínez.
Simancas (Madrid).



150.—Antonio Rodríguez.
Bélmez de la Moraleda (Jaén).



151.—Mariano Domínguez.
Madrid.



152.—José Martínez Piqueras.
Madrid.



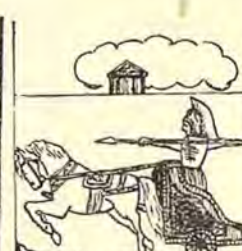
153.—José Martínez Piqueras.
Madrid.



154.—Pilar Bermejo.
Madrid.



155.—Joaquín Gómez Tello.
Madrid.



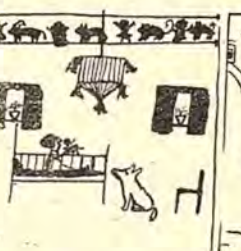
156.—Diego Silos Ordóñez.
Gijón (Asturias).



157.—Angelita Antón.
Madrid.



158.—Carolina Uriarte.
Madrid.



159.—Lolita Alegre.
Madrid.



160.—José Martínez Piqueras.
Madrid.



161.—María do Campo.
Ronda (Málaga).



162.—Fernando R. Porrero Chávarri.
Madrid.



163.—Lolita Alegre.
Madrid.



164.—Justino Marín Gutiérrez.
Orihuela



165.—Matilde Cabo.
Madrid.



166.—Fernando Gago.
León.



167.—Rosarito Tobías.
León.



168.—Adolfo Masatt.
Madrid.



169.—Antonio Aguirre.
Murcia.

COMENTARIOS QUE HACE EL GATO ADIVINO MIRANDO LOS DIBUJOS INFANTILES

146. Quien copia esa mesa tan divinamente, será mañana una buena pintora.—147. Este dibujo de Miguel está magnífico; sobre todo, la pantalla.—148. ¡Qué dulce ambiente tan grato de mirar, admirado Pepe!—149. Por bien pintado, es terrible el dibujo, con sus rejas, sus arañas y sus ratones.—150. Lo más gracioso de aquí es que el cacharro es el as de bastos.—151. ¡Pobre gato! ¡Que no le maten, que es amigo mío! Yo no quiero que maten bichos.—152. La mujer y las llamas es lo que está más perfecto.—153. Don José ha pintado un caballo que ha corrido mucho y se ha desgastado las patas.—154. Es bonito, ¡parece un cuento!, el niño llora y el pajarito viene a consolarle.—155. ¡Chico, qué buen dibujo! Y vaya burro fuerte.—156. Cincomanos, que sabe desandar siglos, me ha dicho que este dibujo es superior.—157. Esas natillas huelen divinamente, amiga Angelita. ¿Las has hecho tú?—158. Los muebles de Carolina son perfectos, y la cortina de piel de cebra.—159. ¡Qué cuartito de niña más bonito!... ¡Qué buen gusto tiene Lolita!—160. Buena mula, buen arroyo y buena ropa de serrana.—161. El ratón está tan estupendo, que dan ganas de cazarlo. El pelo de la niña, muy bien, pero anticuado.—162. He aquí un burro alegre de las cosquillas, con las orejas para atrás, como los de verdad.—163. Es divertidísimo ver a mi amigo jugando con la pluma del joven escritor.—164. Dice Justino que las diferentes maneras de dar un directo en el estómago es boxeando o dejando cesante.—165. No me choca que venga galopando el gato de Matilde al ver el hongo.—166. Fernando dice que el marco es el mueble, la persona es la persona... o el animal. Y el animal es... un "canario" que se está fumando... ¡Anda, chistoso!...—167. Si yo fuera péndulo me alargaría y le daría al niño donde yo me sé...; pero el dibujo es superior.—168. ¡Vaya la gitanería y la chulapería... y hasta las mariposas que se van con gracia a las flores.—169. Una Comisión de Villacaballo felicita a don Antonio por lo bien presentado que está el dibujo.

el perro,
el ratón y
el gato...



124



125



126



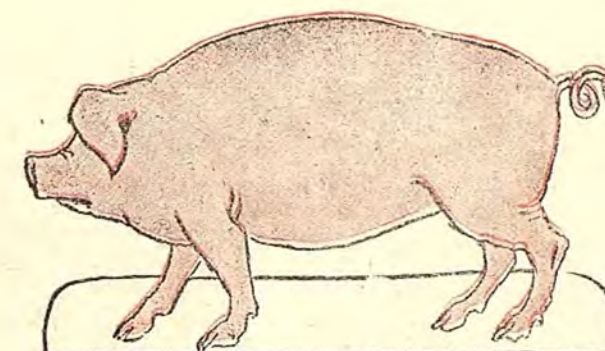
127



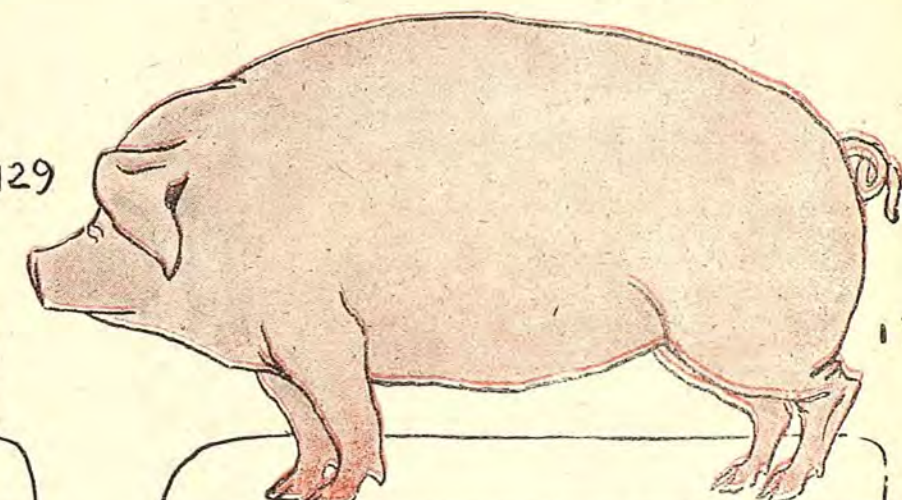
128



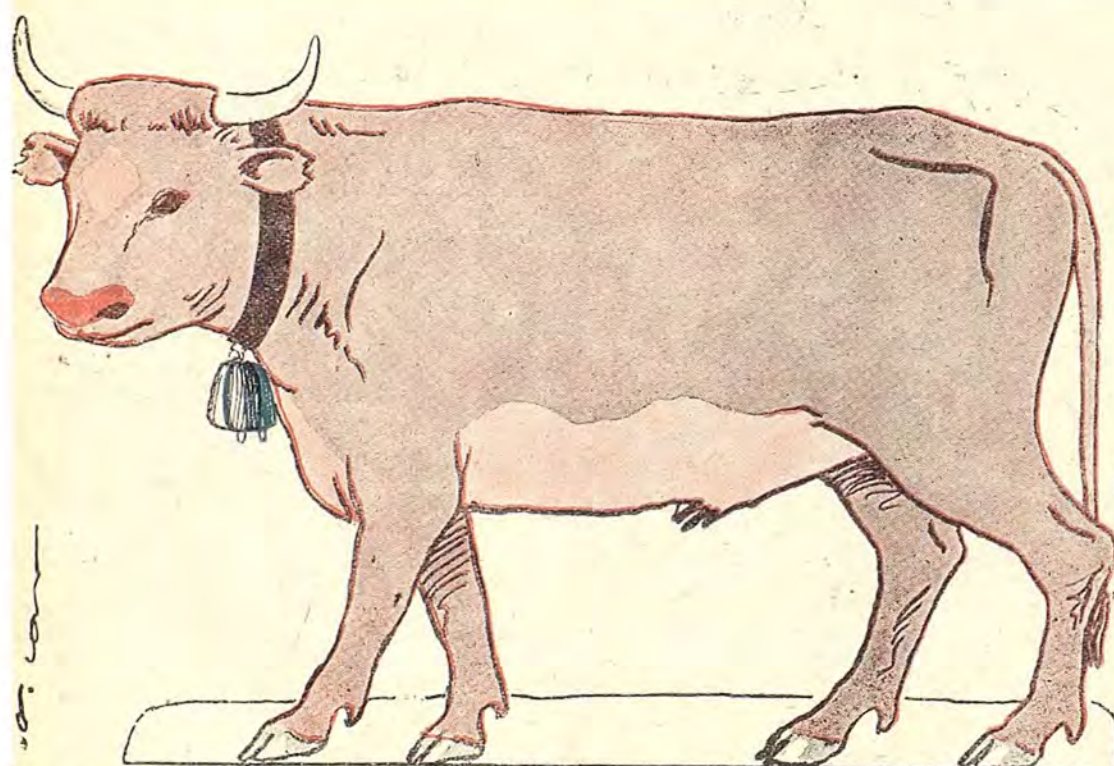
129



130



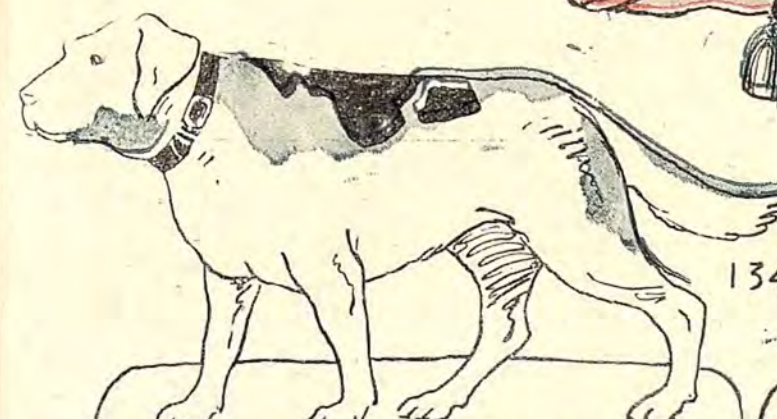
131



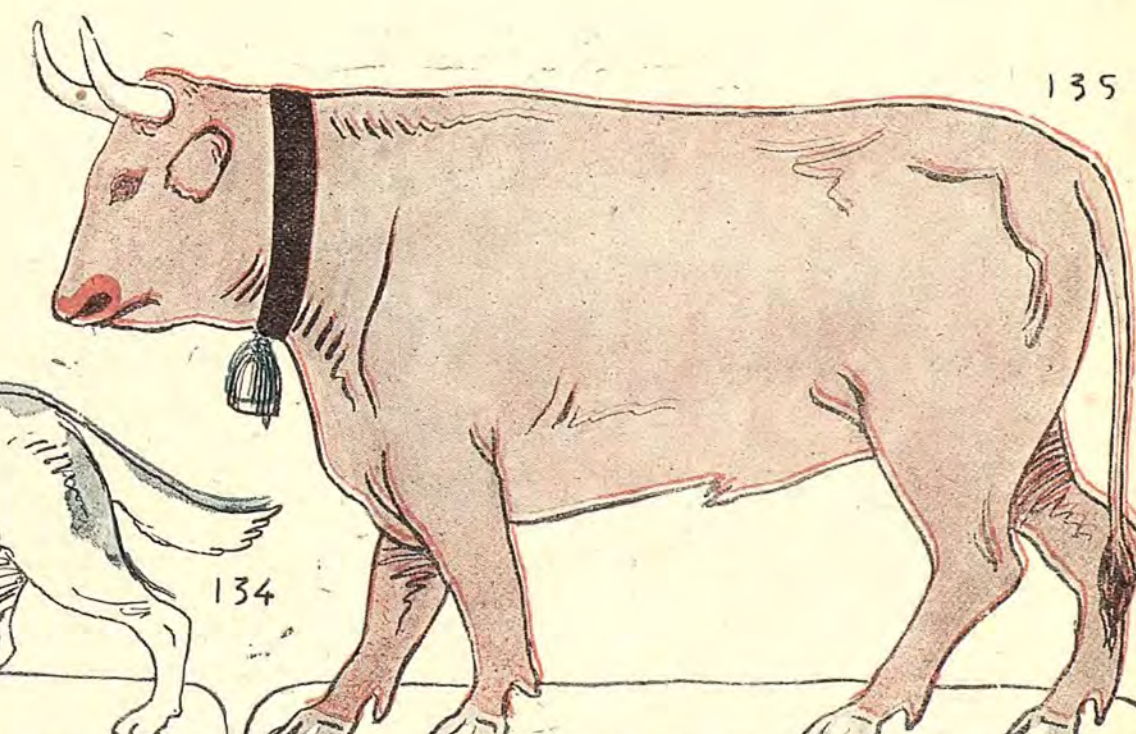
132



133



134



135

LA FRASE DE DON QUIJOTE

La frase que se publica en el número 10 pertenece al capítulo ...

(Este cupón no se enviará hasta no reunir 40 o 42 de esta serie.)

CUPON para enviar un di- bujo

No se remita sin saber bien las condiciones del concurso.

EL GATO ADIVINO

Cupón B para el envío de las soluciones correspondientes a los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

PLIEGO DECIMO.—El señor Román (124), es un rico labrador del conocido pueblo; un rico labrador que todos los años regala 3.000 duros al hospital de pobres de Villacaballo.—125. Su mujer, o sea la señá Micaela, que hace un arroz con leche con canela, riquísimo, y con la canela pone: *Villacaballo de Cartón*.—126. Esteban, el hijo, que ha salido bueno; cuida el cerdo, estudia Geografía y es el que mejor juega al peón; como que rompe un botón a seis metros.—127. La hija, Emiliana, muy alegre, que lleva los bueyes a beber cogidos por los cuernos.—128. La *Alejandra*, criada, que quiere a sus amos con todo su corazón, y lo demuestra fregando los suelos y llevando más cántaros de agua que nadie.—129. Constancio, el criado que cuida los bueyes, que es tan fuerte, que una vez se cayó una viga en la cuadra y sostuvo el tejado hasta que vinieron los obreros.—130. El cerdito *Ricito*, al que todos los días riza el rabo su amita Emiliana.—131. La gran cerda *Mantecas*, que llama a la *Alejandra* por la ventana de la cocina.—132. El buey *Ratonero*, que no embiste más que a las moscas y ellas le torea.—133. *Pensadora*, cabra que una vez le sacó el reloj del bolsillo al señor Román, creyéndose que era un terrón de azúcar del café.—134. El mastín *Cariñoso*, que va al colegio a buscar a Esteban, y cuando éste discute en la plaza con los amigos, él ladra como si discutiera.—135. *Cristalino*, que quita el sombrero al amo y lo deja en el cuerno como en una percha.

Bibliotecas Populares Cervantes

Las 100 mejores obras
universales

Las 100 mejores obras
españolas

Por 5 pesetas al mes recibirá
usted cuatro libros cuyo pre-
cio es 2,50 pesetas.

APARTADO 33.—MADRID



EL GATO ADIVINO

Chin, Bely, el perro, el ratón y el
gato juegan a las cuatro esqui-
nitas.

Cosmopolis

La gran revista de lujo

Cosmopolis

La gran revista de moda

Cosmopolis

La gran revista del arte

UNA peseta

Aparta 'o 33.—MADRID



EL PERRO TRESPELOS

NINA



BELY



LA MUÑECA CHIN

LA RAZA
El mejor semanario

LA RAZA
El mejor informado

LA RAZA
El de más actualidad

LA RAZA
El de mejores firmas

40 céntimos

Apartado 33.—MADRID

Y lo que más le ha chocado a Bely
es lo que dicen los letreros de las
esquinitas.

EL RATON BOMBON



26 cuentos infantiles
en orden alfabético

POR _____

Antoniorrobes

Dibujos de TONO

◇◇◇

3 TOMOS A 4 PESETAS
CADA UNO

La obra que más calurosamente
ha elogiado la crítica en estos
últimos meses.

APARTADO 33.—MADRID

el perro,
el ratón y
el gato...

comen en el mismo plato

TENÍA yo ganas de dedicar a mis lectores un articulo hablándoles de algunos animales que cuando son jóvenes y están bien comidos se dedican a jugar todo lo que pueden.

Pero ya digo que hacen falta las dos cosas: la juventud y el apetito satisfecho.

La mucha edad les pone de mal humor hasta tal punto, que los chimpancés viejos no van en las monadas, porque todo les molesta.

Lo mismo pasa con el hambre, que quita el buen humor a cualquiera. Ahí tenéis los gatitos chiquitines, que cuando han mamado bien se les echa una pelota de papel y se pasan una hora jugando con ella. En cambio, si tienen hambre, no os harán caso ninguno.

Pues bien, igual que hacen los gatitos en el pasillo de vuestra casa, hacen los cachorros del tigre o del león en medio de la selva.

¿Y sabéis cuál es su primer juguete?... La punta del rabo de la madre. Y lo gracioso del caso es que la madre mueve el rabo a pesar de parecer una dama tan formal y tan terrible, solamente para que sus hijitos jueguen con él.

Pero no creáis que son estos felinos solamente, ni creáis que solamente son estos juegos. El tejón, que es un mamífero muy bastote, regordete y de cortas patas, juega mucho. Se reúnen varios y danzan dando tres o cuatro pasos hacia adelante y otros cuantos para atrás. O da uno muchas vueltas delante de la madriguera, a la luz de la Luna, y cuando se ha cansado deja el sitio a otro, para que dé vueltas como él.

Los monos indios tienen una diversión muy parecida a la que soléis tener vosotros algunas veces a la salida del colegio en los bancos de la plaza. Ellos lo hacen en la rama de algún árbol, y es sentarse muchos y empujar, empujar, empujar hasta que hacen que el que está a la punta tenga que tirarse a otra rama. Y entonces viene y se pone en el otro extremo del grupo, a empujar al que haya quedado ahora al descubierto. ¡Qué graciosos son, chiquillos! Yo lo he visto con mis propios ojos, y además lo ha reproducido ya alguna máquina de cine.

Hay chimpancés que se reúnen en los claros del bosque, y mientras unos danzan pesadamente, otros dan puñetazos en la tierra, como un redoble de tambor o de bombo.

Las nutrias, los rebecos y hasta se cree que los elefantes, gustan de encontrar un plano inclinado, como un tobogán, y tirarse una y otra, y otra vez, y cien veces, sentados en tierra. Igual, igual que los chiquillos que tienen ganas de romper pantalones y botas.

El naturalista



Los gatitos, los monitos, los elefantitos, los rebequitos y el tobogán.



Cacerolo Reptil

EL príncipe José sigue sus aventuras nobles.

Andando, andando, andando, se encuentra a la orilla del mar. No tiene idea de dónde está. Se ha desorientado.

Un momento estaba descansando sobre una piedra, viendo llegar las olas, cuando oye voces extrañas y el ruido de unos remos. Y doblan una roca unos hombres en una lancha.

Bajan, vienen a él tranquilos, porque él también los espera tranquilo. Son amarillos y con los ojos achinados. Tienen cara de mala gente.

El príncipe lleva en el bolsillo una copia de la flor morada que ha de salvar a su hermano, el príncipe heredero, y se la muestra a aquellos hombres. Pero ellos se encogen de hombros y le piden dinero por señas.

—No llevo—dice, dejándose registrar con los brazos en hueco, para que le dejen en paz. Y es verdad que no lleva.

Pero le cogen entre los cuatro que son, le llevan a su humilde embarcación, le enseñan coral, y le indican que ha de bajar al fondo del mar por ello, y si no trae más, le matarán.

Pepe es buen nadador. Aligera su ropa y se arroja al agua. Nada encuentra; sale, y los cuatro cobardes le dan en la barbilla con el dorso de sus manazas. Le dejan descansar, y ellos siguen remando, hablando entre sí. Pero el príncipe está pensando lo que va a hacer.

Ata su ropa con el cinturón a una anilla de la lancha, y sin que lo vean mete en sus bolsillos algo de lo que llevan ellos para comer.

Le dicen de pronto que vuelva a arrojar a la pesca de coral, y él obedece, y sale de pronto. Trae en su mano izquierda su alfiler de corbata y con la derecha se agarra a la lancha.

Les pone una cara burlona, como diciéndoles que no alcanzan a coger el alfiler, y los cuatro, ansiosos de cogerlo, se arrojan al costado de la lancha. Y entonces, aprovechando que la barca se ladea, el príncipe tira de ella con todas sus fuerzas y se hunde él.

La lancha da la vuelta completa, y allá van los cuatro bandidos. Pero José ha dado la vuelta por debajo, se sube en la barca vuelta y pincha fuerte con su alfiler a los hombres cuando quieren subirse también.

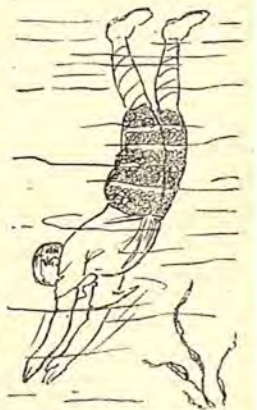
No están lejos de la costa, y no les queda otro remedio que salir nadando hacia ella con sus manos ensangrentadas. Y entonces el príncipe vuelve tranquilamente la lancha, casi la vacía de agua con la gorra, y sigue remando tranquilo, tranquilo, con su ropa puesta a secar, y comiéndose la comida de los bandidos.

Luego se afeita con su maquinilla de bolsillo.

El príncipe pp



El príncipe se salvó gracias a su rico alfiler de corbata.



Paco Metro y Pico

—Pero oye, fresco, ¿que yo te debo cincuenta pesetas?
—Naturalmente. El otro día te pedí cien, y sólo me prestaste la mitad.

Chistes de Pepín.

En un concurso de feos:
—O me dan ustedes el premio, o saco la navaja.
—Pero... bueno; así, "por guapo", no pensará usted llevarse el regalo, ¿eh?

Chistes de Pepín.

LA CASA DE LA RISA



—Socio! ¿Tan pequeño y con el cigarro en la boca?
—¿Dónde quiere usted que me lo ponga? ¿En el cogote?



—¿Cuál fué el primer guardia de la porra?
—Josué, porque detuvo al Sol en su carrera



—¿Por qué le hace usted llorar tan fuerte?
—Porque es la única manera de que se lave las manos



1.—Este loro es una verdadera maravilla: repite todo lo que oye y no tiene "psitacosis".



2.—Doña Petra se marchó a su casa tan contenta con su adquisición.



3.—pero va llevaba en su casa dos semanas y el loro no decía "ni pío", y, claro, se quejó.



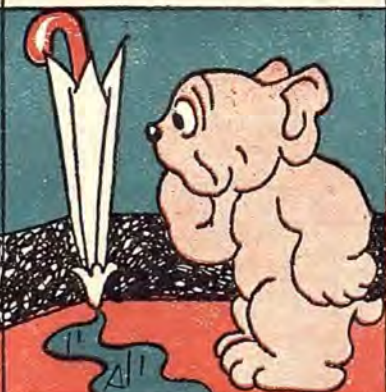
4.—Usted me dijo que el loro repetía todo lo que oía.
—Sí: pero se me olvidó decirle que el animalito era sordo y no oye nada.



1.—¡Qué desgracia! Tenía una cita con un compañero y no me sacan porque llueve...



2.—En fin, nos resignaremos... ¡Con la de cosas que yo tenía que decirle!..



3.—¡Atiza! ¿Es que ha venido a verme a casa mi compañero?



4.—Ha sido el paraguas y lo peor es que me van a echar la culpa a mí.



—Cuando me despierto llamo al criado.
—Pero si tú no tienes criado.
—No Pero tengo timbre.



—Este catedrático nos suspende, chico.
—Eso creo, yo también estoy muy escamado.



—No se dé usted tanto posín, que también mis niños han hecho una buena recolección de calabazas este año.





Los domingos de Chin y Bely

Este domingo, la niña y la muñeca tenían más ganas de divertirse que nunca.

Se fueron al bosque con merienda y llamaron a cuatro monos amigos, a dos patos, a un hipopotamito muy joven y a un chiquillo que iba al bosque por hierba para unos conejitos que tenía en casa.

¡Qué bien lo pasaron! Primero les dio de merendar la niña unos bollos muy ricos, que tenían formas de corazones, estrellas, regaderas, gatos, relojes, flores y tijeras.

El que más comió fué el hipopótamo, que siempre decía alguna gracia:

—Ahora me voy a clavar unas tijeras en el estómago... Ahora voy a ser un animal con dos corazones en el cuerpo...—y muchas bromas por el estilo.

Como el hipopotamito era tan gordote, hacían mucha gracia sus bromas, y *Chin* acabó subiéndose a él y arreándole como a un caballo calmoso.

Después jugaron al corro, y se quedaba el hipopótamo. La muñeca *Bely*, el chico y los monos se cogían las manos, o cogían por las puntas las alas de los patos.

Al grandullón, que se quedaba, le tapaban los ojos con un mantel que estaba bordando la niña..., y ya ver si conocía al que cogía!...

Estuvo muy torpe, porque cuando cogió a un pato dijo que era *Bely*, y cuando cogió a *Chin* dijo que era un mono, y cuando cogió a un mono dijo que era el chiquillo que iba a por hierba para los conejos.

Con estas equivocaciones se reían todos con grandes carcajadas, y cuando quitaban al hipopótamo el pañuelo para que viera sus errores, le hacía tanta gracia, que se sentaba en el suelo a reír.

Luego jugaron a los colegios, y un mono era el profesor. Le hizo *Bely* un gorro de papel. Los niños merendaban en la escuela,

y la merienda eran piedrecitas redondas del río. El hipopótamo jugaba a que era el más torpón de todos los colegiales.

En esto estaban, cuando *Chin* dijo:

—¡Allí viene un niño corriendo con un mariposero!

En efecto; el chiquillo venía a todo correr, detrás de una bella mariposa azul y roja, verdaderamente excepcional.

—¡Eh, niño!—gritó *Bely*—, que aquí no se cogen mariposas... ¡Déjala en paz!...

Pero el colegial iba demasiado deseoso de cogerla, y no paró de correr, y pasó por en medio de todos con su manga cazadora...

Bely arrugó el gesto, como siempre que veía un ser vivo en peligro..., y no supo cómo detener aquella fiercecilla humana.

Pero como los domingos todo hablaba en aquel bosque—bichos, flores, agua, piedras y muñecas—, dió un grito al río, diciéndole:

—¡Río de la Rana!—que así se llamaba el río—: ¡libra a esa mariposa cambiando tu cauce!

Y fué el río, y como si fuera una corbata o una cinta tirada en el suelo, o una serpiente, se cambió de sitio, se puso entre la mariposa y el niño, y como el niño iba ciego casi, porque no veía más que la lindísima mariposa, cayó y se dió un gran chapuzón.

Luego le pusieron al sol, para que se secara, y *Bely* le dijo:

—Amigo mío: afortunadamente, en este mundo cada vez nos vamos poniendo todos de parte de los débiles y en contra de las injusticias. Te recomiendo que hagas tú lo mismo, porque te quedará la conciencia tranquila.

—Lo haré; tienes razón—y se terminó de secar jugando al corro con todos.

¿Sabéis cuál fué el regalo que hizo a su muñeca la niña *Bely*? Pues una mariposa de hojalata, con mango y ruedas...

Tinita



el perro,
el ratón y
el gato...



Un día se encontraron el príncipe PP y Carloto Perra, y estuvieron hablando de física recreativa

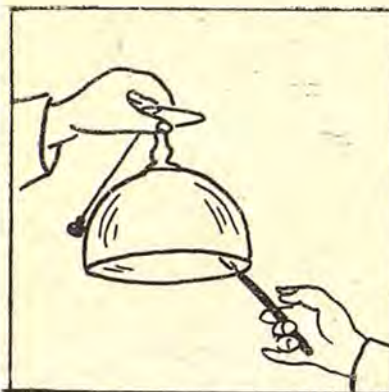


Fig. 1.ª

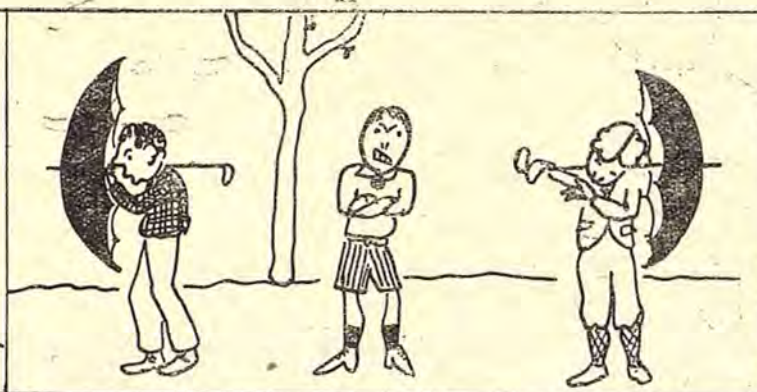


Fig. 2.ª



Fig. 3.ª

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntó Carloto.

—Cuéntame cosas raras de los sonidos—dijo el príncipe.

—Te hablaré de la copa vibrante. Tú sabrás ya que todo cuerpo que suena vibra. Pero para comprobarlo y advertir las vibraciones de la copa, basta suspender de su pie, con un hilo, un botón de botas, de manera que, puesta la copa boca abajo, el botón se ponga en contacto con el cristal. Golpeando la copa con el lápiz, percibirás el sonido producido y, al mismo tiempo, verás saltar el botón como si lo despidiera la copa. Y lo que le hace botar son los rapidísimos vaivenes o vibraciones de la copa. Fíjate en la figura 1.ª

—Es curioso. ¿No sabías tú una cosa que se hace con los paraguas?

—¡Ah! Ya sé. Escucha: colocando frente a frente, como en la figura 2.ª, dos paraguas abiertos y mojados, de manera que sus palos se hallen exactamente en la prolongación uno de otro, aunque la distancia entre los dos sea de varios metros (sin exagerar), se puede hablar en voz baja junto al varillaje de uno de ellos y escuchar aplicando el oído en igual sitio del otro, sin que otro amigo, situado entre los que están charlando, pueda enterarse de su diálogo.

—Y ¿por qué es eso?

—Porque los paraguas actúan como reflectores o espejos del sonido, dirigiendo uno las ondas sonoras al otro, y concentrándolas éste en un punto que coincide aproximadamente con

el arranque del varillaje. Ahora que, para que la tela se porte bien, no basta que esté tirante, sino que es preciso, además, que esté mojada, pues de otro modo daría paso al sonido por los claritos en vez de reflejarlos.

—Pues sí que es una graciosa telefonía sin hilos. ¿Tú sabes eso de imitar las más terribles tempestades?

—Oye, eso no lo sé.

—Pues verás. El amigo que esté sometido al experimento ha de poner las manos, ahuecadas, sobre sus oídos. Se le rodeará la cabeza con un cordel que pase por encima de las manos, como te he pintado en la figura 3.ª, y que esté anudado a seis u ocho centímetros de la cara. Teniendo tirante el cordón y frotándolo a partir del nudo, unas veces con las uñas y otras con las yemas de los dedos, bruscamente o suavemente, el individuo percibirá una imitación del trueno, que algunas veces sale muy bien, con esas lejanías mie-

dosas de la tempestad y todo. Esto se debe, como comprenderás, a la transmisión por el cordel de las vibraciones producidas por el frotamiento de los dedos y la resonancia en las cavidades de las manos.

—Está bien. ¿Quieres que te enseñe un dibujo muy curioso, de esos que equivocan al que los ve?

—Sí, sí; venga.

—Pues mira la figura 4.ª. Yo quiero que tú y todos los lectores de este semanario sigan esa *espiral* hasta llegar al centro. Y al que llegue, le regalo un sombrero de copa lleno de mesas de comedor.

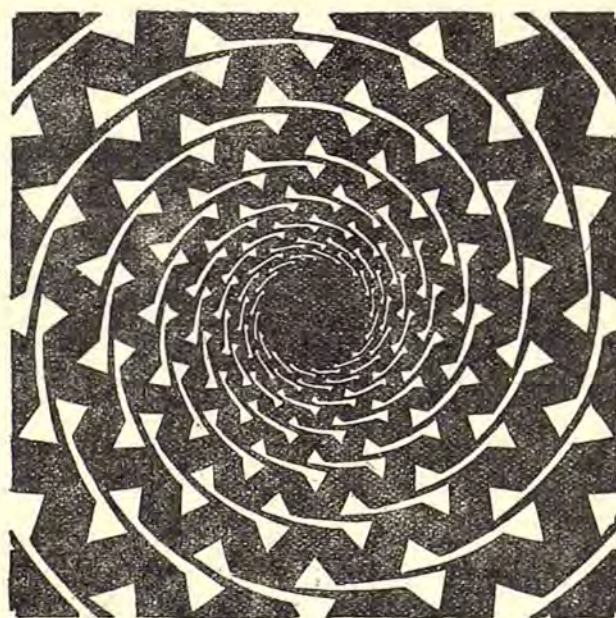


Fig. 4.ª

Aquella exclamación le hizo el efecto de una puñalada en el corazón al pobre muchacho. ¡Ah!, ya no le importaba su salud a su padre, que en otro tiempo temblaba de oírlo toser solamente. Ya no le quería, pues; había muerto en el corazón de su padre. "¡Ah, no, padre mío!"—dijo entre sí con el corazón angustiado—; ahora acaba esto de veras; no puedo vivir sin tu cariño, lo quiero todo; todo te lo diré, no te engañaré más y estudiaré, como antes, suceda lo que suceda, para que tú vuelvas a que-

—respondió el padre.

—Pero está malo—exclamó la mamá—. ¡Bah! e hijo cariñoso.

—La mala conciencia hace que tenga mala salud. No estaba así cuando era estudiante aplicado.

El padre le miró de reojo, y dijo:

mío, ¿qué tienes?

—Julio está malo; ¡mira qué pálido está! Julio Y después, volviéndose con ansiedad al padre:

—Julio, tú estás malo.

der y más pálido que de costumbre, le dijo:

miró, y pareciéndole que estaba más echado a per-

teniendo dos lágrimas que querían salir, pero sintiendo al mismo tiempo en el corazón cierta dulzura. Y siguió trabajando con ahinco; pero acumulándose un trabajo a otro, le era cada vez más difícil resistir. La cosa duró así dos meses. El padre continuaba reprendiendo al muchacho, y mirándole cada vez más enojado.

Un día fué a preguntar por él al maestro, y éste le dijo:

—Sí, cumple, porque tiene buena inteligencia; pero no está tan aplicado como antes. Se duerme, bosteza, está distraído, sus apuntes los hace cortos, de prisa, con mala letra: él podría hacer más, pero mucho más.

Aquella noche el padre llamó al hijo aparte y le hizo reconvenciones más severas que las que hasta entonces le había hecho.

—Julio, tú ves que yo trabajo, que yo gasto mi vida por la familia. Tú no me secundas, tú no tienes lástima de mí, ni de tus hermanos, ni aun de tu madre.

—¡Ah, no, no diga usted eso, padre mío!"—gritó el hijo ahogado en llanto, y abrió la boca para

Pero al extender la mano tocó un libro, y éste se anudar el trabajo acostumbrado.

tristeza e involuntariamente cogió la pluma para re-sonas que se sabía de memoria, le entró una gran escribir más aquellos nombres de ciudades y de per-aquellas fajas blancas sobre las cuales no iba ya a encontrar en la mesa con la luz encendida, y vio de satisfacción y de ternura. Y cuando se volvió a trabajado tanto secretamente, con el corazón lleno la noche, por última vez, aquel cuarto donde había volver a ver por algunos minutos, en el silencio de causa, y cuando se levantó quiso ir a saludar, a más bien por fuerza de la costumbre que por otra Sin embargo, aquella noche se levantó todavía

lución!"

reme, padre mío. ¡Oh, estoy decidido en mi reso-

un arrepentimiento desesperado, una ternura inmensa, había invadido su alma, y lo tenía clavado allí, detrás de su hijo.

De repente dió Julio un grito agudísimo; dos brazos convulsos le habían cogido por la cabeza.

—¡Oh, padre mío, perdóname!"—gritó, reconociendo a su padre llorando.

—¡Perdóname tú a mí!"—respondió el padre sollozando y cubriendo su frente de besos—. Lo he comprendido todo, todo lo sé; yo soy quien te pide perdón, santa criatura mía. ¡Ven, ven conmigo!

Y le empujó, más bien que lo llevó, a la cama de su madre, despierta, y arrojándolo entre sus brazos, le dijo:

—¡Besa a nuestro hijo, a este ángel, que desde hace tres meses no duerme y trabaja por mí, y yo he contristado su corazón mientras él nos ganaba el pan

La madre lo recogió y apretó contra su pecho, sin poder articular una palabra; después dijo:

—A dormir en seguida, hijo mío; ve a dormir y a descansar. ¡Llévalo a la cama!...

El padre le cogió en brazos, lo llevó a su cuarto,

que por lo pronto su padre hubiera experimentado una humillación en su presencia descubriéndolo todo... Todo esto casi le aterraba. Aguzó el oído, suspendiendo la respiración... No oyó nada. Escuchó por la cerradura de la puerta que tenía detrás: nada. Toda la casa dormía. Su padre no había oído. Se tranquilizó, y volvió a escribir. Las fajas se amontonaban unas sobre otras. Oyó el paso cadencioso de la guardia municipal en la desierta calle; luego, ruido de carruajes, que cesó al cabo de un rato; después, pasado algún tiempo, el rumor de una fila de carros que pasaron lentamente; más tarde, silencio profundo, interrumpido de vez en vez por el ladrido de algún perro. Y siguió escribiendo.

Entretanto su padre estaba detrás de él; se había levantado cuando se cayó el libro, y esperó buen rato; el ruido de los carros había cubierto el rumor de sus pasos y el ligero chirrido de las hojas de la puerta, y estaba allí, con su blanca cabeza sobre la negra cabecita de Julio. Había visto correr la pluma sobre las fajas, y en un momento todo lo había olvidado; lo había recordado y comprendido todo, y



... y abrió la boca para confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió...

ces, como si fuera un hijo desnaturalizado del que nada hubiese que esperar, y casi huía de encontrar su mirada. Julio lo advertía, sufría en silencio, y cuando su padre volvía la espalda, le mandaba un beso furtivamente, volviendo la cara con sentimiento de ternura compasiva y triste; mientras tanto el dolor y la fatiga lo demacraban y le hacían perder el color, obligándole a descuidarse cada vez más en sus estudios. Comprendía perfectamente que todo concluiría en un momento la noche que dijera: "Hoy no me levanto"; pero al dar las doce, en el instante en que debía confirmar enérgicamente su propósito, sentía remordimiento, le parecía que quedándose en la cama faltaba a su deber, que robaba una peseta a su padre y a su familia; y se le vantaba pensando que cualquier noche que su padre se despertara y lo sorprendiera, o que por casualidad se enterara contando las fajas dos veces, entonces terminaría naturalmente todo, sin un acto de su voluntad, para el cual no se sentía con ánimo. Y así continuó la cosa.

Pero una tarde, en la comida, el padre pronunció una palabra que fue decisiva para él. Su madre lo

confesarlo todo. Pero su padre le interrumpió, diciendo:

—Tú conoces las condiciones de la familia; sabes que hay necesidad de hacer mucho, de sacrificarnos todos. Yo mismo debía doblar mi trabajo. Yo contaba estos meses últimos con una gratificación de cien pesetas en el ferrocarril, y he sabido esta mañana que ya no la tendré.

Ante esta noticia, Julio retuvo en seguida la confesión que estaba para escaparse de sus labios, y se dijo resueltamente a sí mismo: "No, padre mío, no te diré nada; guardaré el secreto para poder trabajar por ti; del dolor que te causo te compenso de este modo; en la escuela estudiaré siempre lo bastante para salir del paso; lo que importa es ayudar para ganar la vida y aligerarte de la ocupación que te mata.

Siguió adelante, transcurrieron otros dos meses de tarea nocturna y de pereza de día, de esfuerzos desesperados del hijo y de amargas reflexiones del padre. Pero lo peor era que éste se iba enfriando poco a poco con el niño, y no le hablaba sino raras ve-

página del gato adivino



Concurso de pasatiempos para los números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16
dedicado a

LOS JUGUETES DE MANOLITO

Durante estos ocho números voy a dedicar 24 pasatiempos a los JUGUETES de Manolito. En cada número se publicarán tres pasatiempos con los títulos siguientes: LA PREGUNTA DEL JUGUETE, LA COMETA EN ANDALUCIA y LOS CUENTOS DE LOS JUGUETES.

Tendréis que enviar además las 24 soluciones juntas, y acompañadas de los ocho cupones correspondientes a dichos números 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.

Entre los solucionistas que acierten o los más próximos se regalará un automovilito de juguete con preciosísimos detalles y dos paquetes con obras literarias importantes.

Es que yo soy así de generoso, y en honor de Manolito hago yo lo que sea. Vuestro de todo corazón,

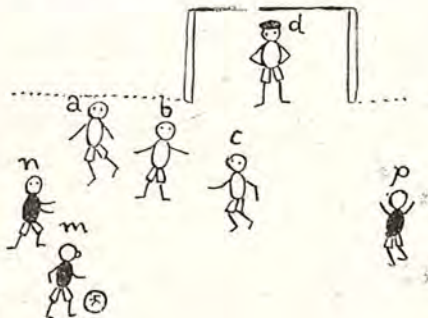
EL GATO ADIVINO

La pregunta del juguete

(Pasatiempo núm. 4)

Don Balón es el balón de Manolito. Manolito ha jugado con sus amigos en el jardín, como indica el dibujo. El jugador m, de los negros, tenía el balón, y mediante un pase, los negros hicieron "goal" a los blancos.

Y don Balón se pregunta. ¿De quién a quién pasó él?



La cometa en Andalucía

(Pasatiempo núm. 5)

La cometa de Manolito es arrojada al viento todos los domingos; y cuando está en el aire se le corta la cuerda y se le suelta. Y esta vez resulta que cae en un pueblo de Sevilla, cuyas letras cambiadas son:

RAELIORDLO

¿Qué pueblo es ése?

Las cuentas de los juguetes

(Pasatiempo núm. 6)

Manolito tiene un cubo lleno de guindas. En un montón deja la mitad; en otro deja 2; en otro, la mitad de las que le quedan; en otro otras 2, y a él le quedan 2. ¿Cuántas guindas llevaba el cubo al principio?

Véase cómo se resuelve este problema en el número anterior, y compruébese luego.



Concurso de postín

LA FRASE DE DON QUIJOTE

Averiguar en cuál de los tres capítulos XXVIII, XXIX y XXX, de la grandiosa obra de Cervantes, dice Don Quijote las siguientes palabras:

"...como no se haya de cumplir en daño o mengua de mi rey, de mi patria y de aquella que de mi corazón y libertad tiene la llave".

Encontraréis el cupón en otra página de este número. Las bases se publicaron en los cuatro primeros números.

Premio único: una bicicleta, una muñeca de trapo, un bolsito y 1.000 pesetas.

LA RAZA

LA MEJOR
REVISTA

Las mejores firmas
Las mejores fotografías :- La de más actualidad.

LOS JUEVES

40 cts.

Colegio CERVANTES

Atocha, 82 - MADRID

Este antiguo colegio abre el 1.º de setiembre su INTERNADO para niños y jóvenes (desde ocho años en adelante, aunque sigan sus estudios fuera de esta casa), ofreciendo, además de una instrucción general, una educación esmerada sometida a la constante vigilancia que exige su edad.

El profesorado forma parte en los tribunales de examen.

ENSEÑANZA PRIMARIA

BACHILLERATO ELEMENTAL Y UNIVERSITARIO

ATOCHA, 82 : - : MADRID

el perro,
el ratón y
el gato...



RESPUESTAS DE LOS CHICOS

Hoy visitamos a los padres de Ernesto Lara Gómez, y hablamos con su chiquillo, que tiene diez años.

—¿Qué carrera te gusta más?—preguntamos al caballerete.

—La de inventor o la de ingeniero industrial, para estudiar los adelantos de los trenes, los "autos" y las maquinarias de todas las clases. Los juguetes de maquinaria me entusiasman.

—Si no tuvieras carrera, ¿te gustaría estar en un taller?

—Ya lo creo. Eso me gusta más que los libros.

—Pero es que sin libros, querido Ernesto, no te harías buen ingeniero.

—Ya lo sé. Por eso voy a estudiar. Pero me gustan las máquinas, lo mismo las de una fábrica de cien chimeneas, que la de un reloj. Lo mismo la de un "auto" de verdad que la de un "auto" de cuerda. El caso es que haya ruedas, volantes, muelles y todas esas cosas.

—¿Tú te has llevado algún susto grande?

—Una vez que rompí con el balón un cristal de una tienda... y salieron corriendo detrás de mí.

—¿Qué animal te gusta más?

—Más..., más..., el burro de la noria, que parece otra pieza de la máquina, aunque sea una pieza muy calmosa.

EL MAGO BOTIJO

(Dib. de Alonso.)